

un batallón del 47.º; de otro del 86.º, de un regimiento expedicionario, y de otro correspondiente á las legiones de reserva, marcharon á la mencionada ciudad por Torquemada y Palencia, siguiendo las orillas del Pisuerga, que desde las montañas de Vizcaya (1) va á desaguar en el Duero, atravesando por Valladolid. Mientras que estos generales ejecutaban el indicado movimiento de vanguardia, el general Frere, por el contrario, abandonó el Escorial, dirigiéndose sobre Segovia, que como ya hemos dicho, también se hallaba pronunciada. Castilla la Vieja por tanto, se veía atravesada por dos columnas, una de las cuales iba avanzando por el camino de Burgos á Madrid, mientras que la otra retrocedía por el mismo camino. Como la distancia que tenía que recorrer el general Frere no era tan grande, llegó, antes que aquellos á la de Valladolid, á la ciudad de Segovia, la cual halló ocupada por los alumnos del colegio de artillería, y por una nube de paisanos que la habían invadido, cometiendo en ella toda clase de excesos. Los insurgentes habían hecho barricadas en toda la ciudad, y formado baterías con las piezas destinadas á la instrucción de los alumnos del colegio. Todos estos obstáculos sin embargo, fueron insignificantes para nuestras tropas, las cuales, además de tener todo el ardor de la juventud, hallábanse hacia más de un año en las filas del ejército, sin haber disparado ni siquiera un tiro de fusil. Por lo que forzando con una rapidez increíble las trincheras de Segovia, mataron á bayonetazos cierto número de

(1) Mr. Thiers padece aquí un error geográfico, puesto que el Pisuerga nace en la provincia de Santander.

paisanos, y espulsaron el resto, los cuales se apresuraron á huir después de haber saqueado las casas encomendadas á su defensa. Los desgraciados habitantes de la ciudad se habían dispersado por no verse espuestos á los excesos de los sitiados y sitiadores, y si bien es verdad que no lograron su fin, atendida la conducta de los primeros, pocos desmanes tuvieron que lamentar de parte de los segundos. El general Frere trató con bastante consideración á la ciudad, puesto que no hizo más que apoderarse del inmenso material de artillería que había en el colegio militar.

Los presuntos defensores de Segovia se replegaron sobre Valladolid huyendo á la desbandada, como si el general Frere, que no tenía caballería, hubiese ido en su persecución. El director del colegio de artillería don Miguel Ceballos, emprendió también la retirada con ellos, y según es costumbre entre los soldados que huyen ante el enemigo, atribuyeron su derrota á traición ó cobardía, por parte de aquel jefe, á quien condujeron preso á la mencionada ciudad, á pesar de que no había el antecedente más mínimo que pudiese dar margen á semejante suposición. La entrada de Ceballos en Valladolid produjo un gran tumulto en la ciudad. Los nuevos reclutas de la insurrección, que se hallaban haciendo ejercicio de fuego en el Campo Grande, se lanzaron sobre él, y desentendiéndose de los gritos de su esposa que le acompañaba, así como de los esfuerzos de un sacerdote, que bajo el pretexto de recibir la confesión de la víctima, pedía que se le concediesen algunos instantes, fué desapiadadamente degollado y arrastrado por las calles y plazas públicas. Algunas mugeres frenéticas



de la ciudad, pasaron despues por ella los sangrientos restos del cadáver.

Aquel triste suceso, continuacion de tantos otros de la misma especie, produjo en el capitán general don Gregorio de la Cuesta, gefe mal de su grado de la insurreccion de Castilla la Vieja, una impresion tan dolorosa y profunda, que no se atrevió á resistir á los gritos de un populacho estravagante, el cual vociferaba por partir inmediatamente al encuentro de la columna francesa que venia marchando desde Burgos sobre Valladolid. Esta columna, como hemos dicho ya, era la de los generales Lasalle y Merle, los cuales traían á sus órdenes infantería y caballería en número tres veces mayor del necesario para poner en fuga á todos los insurgentes de Castilla la Vieja. El anciano y severo capitán general de Valladolid, calculando con prudente cordura que á lo sumo podria hacerse frente á las tropas francesas en una ciudad defendida con fuertes trincheras, y abrazando la resolucion de mantenerse firmes hasta morir, consideraba que seria la mayor insensatez el ir á desafiar en campo raso al ejército mas vigoroso de Europa. Viéndose amenazado, empero, si resistía, de sufrir igual suerte que la que habia cabido al desgraciado don Miguel Ceballos, salió con cinco ó seis mil paisanos entre los que habia algunos desertores del ejército, con cien guardias de corps de los que habian huido del Escorial, con doscientos ó trescientos caballos del regimiento de la Reina, y unas cuantas piezas de artillería, y se situó en el puente de Cabezon, punto que dista dos leguas de Valladolid, y por el cual atraviesa la carretera de Burgos á esta ciudad.

El general Lasalle habia ido barriendo todas las partidas de insurgentes, apostadas para impedirle el paso, maltratando especialmente á la que encontró en Torquemada. Al llegar á Palencia, el obispo de esta diócesis, á la cabeza de los habitantes principales de la ciudad, salió á su encuentro; solicitando que no se hiciese en ella daño alguno, gracia que le fué otorgada por el general Lasalle, exigiendo únicamente algunos viveres para sus soldados. El 12 de junio por la mañana avistaron nuestras tropas el puente de Cabezon, donde se hallaba situado don Gregorio de la Cuesta. Las posiciones, escogidas por el general español, no denotaban ciertamente su gran táctica militar, ni un buen golpe de vista. El general Cuesta habia colocado su caballería delante del puente; detrás de la caballería una línea de mil doscientos infantes; la artillería en el puente mismo; destacándose en guerrilla algunos paisanos para que vigilasen los vados del Pisuerga, y colocando el resto de su reducido ejército al otro lado del rio sobre las alturas que dominaban el derrotero. El general Lasalle mandó avazar á dos regimientos de caballería y á los cazadores del 17 provisional, los cuales atacaron al enemigo con su bravura acostumbrada. Su caballería arrolló la de los españoles, obligándola á lanzarse sobre su propia infantería, y cargando en seguida sobre ella nuestros cazadores, la hicieron replegarse, logrando al mismo tiempo arrojar de su posicion á los que guardaban los vados. Desde entonces introdujose en el campo enemigo una confusion tan horrible; que apiñados infantes, caballos y artillería sobre el puente, recibian el fuego de las tropas españolas situadas en



la orilla opuesta, las cuales tiraban indistintamente sobre amigos y adversarios. Apoyando el general Merle con toda su division al general Lasalle, logróse franquear el paso del puente y desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba al otro lado del Pisnerga. La caballería nuestra acuchilló á los fugitivos, haciendo en ellos considerable mortandad. Quince muertos y unos veinte ó veinte y cinco heridos, fué toda la pérdida que sufrimos en aquella accion: la de los españoles fué de quinientos ó seiscientos hombres entre heridos y muertos. El general Lasalle entró en seguida en Valladolid, donde no se le opuso resistencia alguna, y cuya ciudad casi se dió el parabien de verse libre de los bandidos que la habian ocupado bajo pretexto de defenderla. Los españoles no pudieron menos de mostrar un gran sentimiento al ver que el principal de sus generales habia sido tan pronta y completamente derrotado.—Don Gregorio de la Cuesta se retiró seguido de algunos ginetes por el camino de Leon: incorporáronsele despues algunos insurgentes que iban huyendo en la misma direccion al través de los campos, y á medida que llegaban, deciales á todos el anciano general que les estaba bien empleada su suerte, por haber osado desafiar con tropas indisciplinadas á un ejército bien organizado y acostumbrado á vencer la Europa.

El general Lasalle recogió en Valladolid gran cantidad de armas, municiones y víveres, y no causó la estorsion mas minima á la ciudad. El resultado de las acciones de Logroño, Segovia y Cabezon no indicaba hasta entonces mas que mucha presuncion, la mas crasa ignorancia, y el furor mas concentrado en los insurgentes; pero no re-

velaba todavía ningun hábito de guerra, y sobre todo, ni la mas minima prueba de aquella tenacidad con que se tropezó despues. Por lo tanto; aun cuando en el ejército empezó á saberse que la insurreccion era universal, causóle esto muy poca inquietud, y llegó á persuadirse de que seria fácil reprimirla en todas partes con la misma prontitud que habia estallado. Lo que por entonces sucedia en Aragon, contribuia tambien en gran manera á aumentar esta confianza. El general Lefebvre-Desnoettes habia llegado á Pamplona y organizado allí su columna, la cual, como ya hemos dicho, debia componerse de tres mil infantes, mil caballos y seis piezas de artillería. Terminados que fueron todos los preparativos, y dejando en Pamplona la diputacion encargada de llevar proposiciones de paz á los habitantes de Zaragoza, el general Lefebvre partió de la mencionada ciudad el 6 de junio, en la conviccion de que la violencia que los insurgentes mostraban en todas partes, no daria lugar á recurrir á otros medios que á las lanzas de los polacos. El 7, conforme iba marchando hácia Valtierra, encontraba despoblados todos los lugares, porque los vecinos iban á reunirse con los rebeldes. En esta última poblacion supo que el puente de Tudela estaba destruido, y que habian sido conducidas á la ciudad cuantas barcas habia sobre el rio. El general Lefebvre, por tanto, se detuvo en Valtierra para procurarse medios de pasar el Ebro, á cuyo efecto hizo bajar del Aragon, rio que desagua en aquel, unas grandes barcas, con auxilio de las cuales atravesó el Ebro por frente á Valtierra. Al dia siguiente (el 8), llegó á dar vista á Tudela, en cuyas cercanias habia una nube de insurgentes,



que le hacian fuego de guerrilla ocultándose detrás de las zarzas. El grueso de la fuerza de los sublevados, compuesto de unos ocho á diez mil hombres, hallabase situado en las alturas que dominan la ciudad. El marqués de Lazan, hermano de don José Palafox, era quien mandaba esta fuerza. El general Lefebvre, haciéndose preceder de sus cazadores y de numerosos pelotones de caballería, logró ir de posicion en posicion desalojando á los insurgentes hasta las murallas mismas de Tudela. Al llegar á ellas hizo alto; y trató de parlamentar con los revoltosos para evitar los medios violentos, y sobre todo la necesidad de penetrar en la ciudad á viva fuerza. Los insurgentes, empero, recibieron á tiros á sus parlamentarios, y llevaron su osadía hasta á hacer fuego sobre él. El general Lefebvre entonces mandó cargar á la bayoneta, y sus jóvenes soldados, entusiastas y valientes como de costumbre, llegaron á paso de carga á las posiciones del enemigo, desalojaronle de ellas y se apoderaron de su artillería. Los lanceros partieron á galope en persecucion de los fugitivos y lograron acuchillar un número considerable. Nuestras tropas entraron acto continuo en la ciudad á paso de ataque, y en los primeros momentos entregáronse los soldados al saqueo de la ciudad. El general Lefebvre, sin embargo, restableció bien pronto el orden, y se mostró compasivo con los habitantes. Nuestra pérdida consistió en unos diez soldados entre muertos y heridos. La de los insurgentes ascendió á unos trescientos ó cuatrocientos hombres, muertos detrás de sus trincheras unos, y los otros en su fuga á través de los campos.

Dueño ya de Tudela el general Lefebvre, y encontrando destruido el puente de esta ciudad, y sublevados los pueblos un poco distantes de ella, creyó que debia asegurar su marcha, desarmando las villas comarcanas y reparando el puente, que es, por decirlo así, la llave de Pamplona. Empleando, pues, los dias 9, 10 y 11 de junio en la reparacion mencionada, en hacer una batida por los campos, y en desarmar los pueblos, pasando á cuchillo á los que se obstinaban en no rendirse, se puso en marcha el 12 despues de dejar espedita la via de las comunicaciones, y llegando en la mañana del 13 delante de Mallen, encontró allí otra vez á los insurgentes, mandados por el mismo marqués de Lazan, y reunidos en número de ocho á diez mil paisanos ademas de dos regimientos españoles. El general Lefebvre, obligando primero á replegarse á las guerrillas esparcidas por las inmediaciones de Mallen, atacó en seguida la posicion, lo cual no era muy difícil, mediante á que los insurgentes indisciplinados huían á refugiarse, así que hacian la primera descarga, detrás de las tropas de líneas, y tirando por encima de ellas, solian matar mas españoles que franceses. Atacado, pues, el enemigo por un flanco, y deshecho sin dificultad, nuestros soldados arrollaron todo cuanto á su paso encontraban. Los lanceros polacos, á quienes se mandó en persecucion de los fugitivos, no dieron cuartel, y habiendo logrado pasar el Ebro, animados de su sed de sangre, mataron ó hirieron mas de mil españoles. La pérdida que sufrimos por nuestra parte fué tan de poca consideracion como en la accion de Tudela, puesto que escasamente ascendierá á veinte hombres. La rapidez y energía



de nuestros ataques, la poca constancia de los paisanos, el embarazo en que necesariamente debian hallarse las tropas españolas de linea, colocadas casi siempre entre el fuego que hacian nuestros soldados y el de los fugitivos, y la confusion, en fin, que reinaba entre los insurgentes, bastan para comprender la brevedad de los combates, la insignificancia de nuestra pérdida, y la importancia de la de los enemigos, de los cuales perecian menos en la accion que en la fuga, y bajo la lanza de los polacos.

El 14 continuó el general Lefebvre su marcha hácia Zaragoza, y volviendo á encontrar á los insurgentes sobre las alturas de Alagon, tratólos como en Tudela y Mallen, obligólos á retirarse en precipitada fuga, dejó de perseguirlos como otras veces, merced á la fatiga de sus tropas, y aplazó para el siguiente dia el presentarse al frente de Zaragoza.

El 15 de junio por la mañana dió en efecto vista á esta ciudad, y de muy buen grado hubiera entrado en ella á viva fuerza: pero el penetrar con tres mil infantes, mil caballos, y seis piezas de á cuatro en una poblacion de cuarenta á cincuenta mil almas, llena de soldados y especialmente de paisanos resueltos á defenderse como furiosos, dentro de una ciudad cuya destruccion les importaba poco, mediante á que los mas eran vecinos de los pueblos comarcanos, no era ciertamente cosa fácil. La fortificacion de Zaragoza consistia en una vieja muralla, resguardada por un fuerte castillo, y por una porcion de conventos situados de corta en corta distancia. A pesar de que dentro de la poblacion reinaba la confusion más grande, y de hallarse las

tropas, los insurgentes, y los habitantes asaz descontentos unos de otros, puesto que los soldados se quejaban de que los paisanos saqueaban, asesinaban, y solo sabian huir, al paso que estos echaban en cara á las tropas que no impedian el que fuesen derrotados, en punto á la defensa de la ciudad, todos estaban conformes en resistir á todo trance y en no entregarla sino reducida á cenizas. Aquellos paisanos furiosos, animados por el deseo de agitarse á consecuencia de una larga inaccion, si bien eran inútiles y cobardes en campo raso, mostrábanse dispuestos á defenderse con la mayor bravura, resguardados con las murallas de una ciudad, de la cual eran esclusivos dueños. El bizarro Palafox, por otra parte se hallaba animado de iguales sentimientos, y el sorprender, por tanto la ciudad despues de haberse tomado el partido de sacrificarla antes que rendirla por aquellos que no eran hijos de ella, era imposible. Asi pues, en el instante mismo en que el general Lefebvre se acercó á las murallas con su corta division, las vió coronadas de una inmensa multitud de furiosos, y de todas partes empezó á caer sobre sus soldados un granizo de balas. Como la fuerza principal de la division era de caballería, y como su tren de batir consistia solo en seis piezas de á cuatro, fuéle preciso detenerse, y acampando sobre una altura á la izquierda del Ebro, mandó desde allí el dia-rio de sus operaciones al cuartel general de Bayona, reclamando al propio tiempo el envio de fuerzas mas considerables de artillería é infantería, á fin de batir las fortificaciones de la plaza, las cuales no consistian tan solo en la muralla que circundaba á Zaragoza, sino en una infinidad de grandes



edificios, que seria preciso conquistar uno tras otro despues de haber abierto brecha en el muro.

La situacion de la Cataluña, entre tanto, ofrecia dificultades de otro género, si bien tanto ó mas graves que las que presentaba Zaragoza. En vez de hallarlo todo fácil en el campo, y difícil en las cercanías de la ciudad, sucedia precisamente todo lo contrario, puesto que Barcelona se hallaba en nuestro poder, y el campo era un pais montañoso erizado de fortalezas y de poblaciones de crecido vecindario pronunciadas. Desde la insurreccion general de los últimos dias de mayo, el general Duhesme con sus seis mil franceses sobre poco mas ó menos, y sus seis mil italianos; hallábase bloqueado, por decirlo asi, dentro de Barcelona. —Gerona, Lérida, Mauresa, Tarragona, y casi todas las poblaciones principales estaban sublevadas: los habitantes de ellas se aproximaban hasta el pie de las murallas de la ciudad, y hacian fuego sobre nuestros centinelas. Con todo, habiendo recibido el general Duhesme el 3 de junio la órden en que se le prescribia que dirigiese la division Chabran sobre el camino de Valencia, á fin de que pudiese secundar al mariscal Moncey, la hizo partir el 4 designándole la ruta por Lérida, con el objeto de que durante la marcha pudiese observar lo que ocurría en Aragon. El general Chabran, puesto al frente de una excelente division francesa, no halló grandes obstáculos en el camino real, sobre el que se mantuvo constantemente; trató bien á los habitantes, obtuvo viveres, que no podian negarse á una division de tan respetable fuerza, y llegó casi sin disparar un tiro á Tarragona. Su entrada en esta ciudad no pudo ser mas oportuna para estor-

bar la insurreccion, puesto que el regimiento suizo de Wimpfem que la ocupaba, vacilaba aun en tomar partido. El general Chabran pacificó, pues, á Tarragona, exigió á los oficiales suizos palabra de honor de que permanecerian fieles á la Francia, la cual consentia en tomarlos á su servicio, y puso órden, por el momento al menos, en aquella plaza importante.

Pero los insurgentes, que aguardaban tan solo la salida de aquel general y la de la division de las tropas francesas de Barcelona, para abrumar á nuestros soldados, procuraron aprovechar esta ocasion, poniendo en práctica sus intentos. El famoso convento de Mont-Serrat, situado en medio de las rocas, y en una de las montañas que circundan á Barcelona por la parte de tierra, era tenido por uno de los principales focos de insurreccion. El rio de Llobregat que corta esta cintura de montañas antes de perderse en el mar, era uno de los obstáculos que habia que vencer para llegar á aquel convento. El objeto de los insurgentes era apoderarse de las orillas de este rio, y establecerse en ellas escogiendo fuertes posiciones para encerrar de este modo al general Duhesme en la capital y cortarle el paso á Tarragona, mediante á que el Llobregat tiene su curso hácia el Mediodía de Barcelona por entre ambas ciudades. Descando el general Duhesme saber á punto fijo lo que habia en Mont-Serrat é impedir á los insurgentes que se interpusiesen entre él y el general Chabran, mandó salir de Barcelona al general Schwartz á la cabeza de una columna de infantería y caballería, con órden de dirigirse sobre el Llobregat, de atravesarlo, y de proseguir luego



por Bruch hasta llegar al convento. Este bizarro oficial, que partió de la capital del principado el 5 de junio, no encontró al principio de su marcha mas que insurgentes que le cedían el terreno sin disputárselo. De consiguiente pasando el Llobregat sin dificultad alguna, y atravesando del mismo modo por Molins del Rey, Martorell y Esparraguera, llegó sin novedad hasta Bruch. Pero cuando desde esta poblacion quiso dirigirse sobre Montserrat, oyó sonar el tambor en todos los pueblos, vióse asaltado por una nube de paisanos en guerrilla, supo que todos los lugares de los alrededores se estaban atrincherando, que se destruían los puentes é inutilizaban los caminos, y temiendo verse envuelto por los insurgentes, resolvió retroceder. Para poner esta resolucion en práctica, tuvo que vencer dificultades de todo género, y con especialidad en la villa de Esparraguera, donde se habia atrincherado una larga calle. Preciso le fué trabar los mas encarnizados combates á cada paso. Los hombres disparaban desde las ventanas, y las mugeres y los muchachos arrojaban desde los tejados sobre las tropas gruesas piedras, aceite y agua hirviendo. Por último, al ir á pasar nuestros soldados un puente, destruido de manera que se viniese abajo al menor bamboleo, una de nuestras piezas de artillería se hundió con él, y tuvimos que lamentar algunas desgracias. El general Schwartz regresó con su gente á Barcelona el 7 de junio, estenuado de fatiga y mermada su division con un considerable número de heridos y muertos. Era evidente, pues, que aquellos paisanos fanáticos, insignificantes en la llanura, debían llegar á hacerse muy temibles al abrigo de las casas, ó

cuando estuviesen resguardados por calles atrincheradas, puentes obstruidos, rocas, bosques, ó detras de cualquier obstáculo, en fin, desde donde pudieran pelear á cubierto.

Envalentonados los insurgentes con la retirada del general Schwartz, tuvieron la audacia de establecerse el 8 y el 9 de junio sobre las márgenes del Llobregat, ocupando los pueblos de San-Boy, San Felices, y Molins del Rey. Su plan estribaba en encerrar al general Duhesme en Barcelona, y en cortarle toda comunicacion con el general Charbran. Comprendiendo, empero, el general Duhesme que no debía dejarles llevar á cabo semejante desígnio, salió de la capital el 10 con su fuerza dividida en tres columnas á fin de desalojar á los insurgentes de las posiciones que ocupaban. Llegando al despuntar el día á las márgenes del Llobregat, nuestros soldados lo atravesaron con el agua hasta la cintura, lanzáronse acto continuo sobre los pueblos ocupados por el enemigo, tomáronlos á la bayoneta, cogieron en ellos una infinidad de insurgentes de los cuales mataron un número considerable, y por via de castigo entregaron á San Boy á las llamas. En la tarde de aquel mismo día regresaron triunfantes á Barcelona, trayéndose la artillería del enemigo, y causando no poca sorpresa al pueblo de la capital, que se habia prometido no volver á verlos. Este hecho de armas impuso algun tanto á los habitantes tumultuosos de aquella populosa ciudad, y mantuvo en su indecision á las clases acomodadas, que allí, como en todas partes vacilaban entre su orgullo nacional profundamente herido, y el temor de una lucha contra la Francia bajo la dominacion de una desenfrenada mul-



titud. Inquieto, sin embargo, el general Duhesme por la situación del general Chabran, quien como ya hemos dicho, se hallaba bastante lejos de él en Tarragona, escribió á Bayona diciendo que la expedición prescrita á este general para que fuese á secundar al mariscal Moncey en los muros de Valencia, ofrecia grandes peligros, tanto para la division de Chabran como para las tropas de Barcelona, y en esta atencion pidió permiso para mandar á aquella que retrocediese á la capital del principado.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en el Norte de la España á consecuencia de las órdenes espedidas directamente desde Bayona á las tropas existentes entre los Pirineos y Madrid. Las órdenes trasmitidas por conducto del estado mayor de la corte á las tropas que debian operar en el Mediodía, fueron ejecutadas con la misma puntualidad. Murat proseguía en un estado que le era de todo punto imposible ordenar nada; pero el general Belliard, que estaba haciendo sus veces interin llegaba el general Savary; espidió al mariscal Moncey y al general Dupont las instrucciones del emperador. El mariscal Moncey con su primera division al mando del general Musnier, partió de Madrid hácia Cuenca para dirigirse sobre Valencia. El general Dupont salió asimismo de Toledo con su primera division que mandaba el general Barbou, para dirigirse por los campos de la Mancha á Sierra Morena. La division Vedel, que era la segunda de Dupont, fué á Toledo á reemplazar á la division Barbou. La division Frere, tercera del cuerpo del ejército al mando de aquel general, y la cual habia vuelto á restituirse al Es-

corial desde Segovia, fué á Aranjuez en reemplazo de la division Vedel. Quedaban, pues, en la capital y sus cercanias unos treinta mil hombres de infantería y caballería, con los cuales habia suficiente, sin duda, para atender á cualquier necesidad del momento. De toda esta fuerza destacóse únicamente una columna de tres mil hombres, destinada á marchar sobre Zaragoza por Guadajara, y la cual no pasó de esta ciudad.

El mariscal Moncey se puso en marcha el 4 de junio con una division francesa de ocho mil cuatrocientos hombres, de los cuales eran húsares ochocientos, y diez y seis piezas de artillería. En pos de él debian marchar á incorporársele mil quinientos hombres de infantería española y unos quinientos caballos de la misma nacion, con los cuales hubiera ascendido el número de sus fuerzas á mas de diez mil hombres, y á quince ó diez y seis mil las que debian juntarse al frente de Valencia, en el caso de que se hubiera verificado la reunion de la division del general Chabran con el cuerpo del ejército del mariscal Moncey. Desgraciadamente ofrecia muchas dudas la posibilidad de esta reunion, y en la noche que precedió á la partida de la division francesa, desertaron además las dos terceras partes de las tropas españolas, merced á cuya defeccion se debilitó en tales términos el cuerpo auxiliar, que ya no merecia la pena de hacerle emprender la marcha. El mariscal Moncey por lo tanto salió para su expedicion con ocho mil cuatrocientos hombres de tropa francesa, jóvenes si se quiere, pero entusiastas y disciplinados. El primer dia fué á dormir en Pinto, el segundo á Aranjuez, y el tercero á Santa Cruz, el cuarto á Tarancon, y así sucesivamente haciendo



jornadas muy cortas con el fin de no cansar á los soldados, y con el de irlos acostumbrando poco á poco al calor y á las penosas fatigas de la marcha. El mariscal Moncey cuidaba mucho de sus soldados, vejando todo lo menos posible á los habitantes, y así es que en todos los pueblos le suministraban víveres y hallaba buena acogida. Los españoles le conocian desde la guerra de 1793, y habia conservado entre ellos una reputacion de sentimientos de humanidad, que le sirvió de mucho. Preciso es confesar tambien, que, como ninguna ciudad importante de las provincias del centro se habia pronunciado, reinaba en ellas bastante calma. El mariscal Moncey, por lo tanto, no tuvo que vencer dificultad alguna así para proseguir su marcha como para proporcionar víveres á sus soldados. Habiendo llegado el 7 á Tarancon, concedió á sus tropas todo el día 8 para que descansaran, y partió al siguiente, yendo á dormir el 9 á Carraseosa, el 10 á Villar del Horno, y el 11 á Cuenca.

En esta ciudad resolvió detenerse algunos dias con el fin de adquirir noticias tanto acerca de Valencia como respecto al general Chabran, con quien contaba para llevar á cabo su mision. Saliéronle, empero, fallidas sus esperanzas, mediante á que estaba interceptado el paso de las montañas interpuestas entre Cuenca y Cataluña, y á que en el desfiladero de Requena eran detenidas todas las comunicaciones procedentes de Valencia. Cuanto se sabia á lo sumo respecto á esta ciudad, era que la insurreccion era violenta en extremo y perseverante, que se habian perpetrado los asesinatos mas atroces, y que solo á viva fuerza podria conseguirse penetrar en la poblacion. El mariscal Moncey, á

cuya noticia habia llegado que el general Chabran se hallaba en Tarragona, calculando que éste no podria caer sobre Tortosa y Castellon de la Plana, lo menos hasta el 25 de junio, espidióle una órden para que no retardase su marcha, y dispuso las cosas de modo que su misma division no llegara á las llanuras de Valencia hasta el mencionado día. A este fin tomó el partido de permanecer en Cuenca hasta el 18, proponiéndose marchar en seguida hacia Requena, y aplazar el paso de los desfiladeros de las montañas de Valencia para el momento oportuno en que pudiese obrar de concierto con el general Chabran. Durante los seis dias de su permanencia en Cuenca, proponiase el mariscal Moncey, ademas de proporcionar este descanso á sus tropas, el proveerse de medios de trasporte, y tomar minuciosos pormenores acerca del camino, difícil por lo áspero y poco frecuentado, que tenia que recorrer. Fácilmente se concibe, que si bien no dejaba de tener sus ventajas un sistema de operar tan metódico, podia traer en cambio funestas consecuencias, puesto que daba tiempo á la insurreccion para organizarse y establecerse en Valencia de una manera sólida.

El general Dupont, entretanto, proseguia su marcha hacia Andalucía. Como ya hemos dicho, partió de Toledo á fines de mayo, y á los pocos dias de su expedicion, se le incorporaron los dragones del general Pryvé que debian reemplazar á los coraceros, los marinos de la guardia imperial, y los dos regimientos suizos de Preux y Reding. La fuerza de la division Barbou, que podia calcularse en unos seis mil hombres de todas armas; los marinos de la guardia imperial, cuyo número ascendia á unos



quinientos ó seiscientos soldados excelentes para toda clase de servicio por mar y tierra; la caballería compuesta de cazadores y dragones hasta la fuerza de dos mil seiscientas plazas; la artillería é ingenieros que constaria de unas setecientas á ochocientas, y los suizos, en fin, que serian unos dos mil cuatrocientos, formaban entre todos un total de doce á trece mil hombres (1). El general Dupont atravesó la Mancha sin ninguna dificultad, pero notando que esta provincia, desierta en tiempo de paz, se hallaba á aquella sazón mucho mas desierta que lo de ordinario, y encontrando en todas las villas, aldeas y lugares, señales evidentes de un odio reprimido pero violento; vióse precisado á caminar con infinitas precauciones, para impedir que quedasen rezagados algunos soldados. Atravesó asimismo sin encontrar resistencia alguna los desfiladeros de Sierra Morena, y llegó el 3 de junio á Bailen, lugar de siniestra memoria, del cual estaba muy lejos de presumir entonces el general Dupont que seria un dia teatro de la mas espantosa desgracia. En esta ciudad fué donde supo la insurreccion de Sevilla y del Mediodia de España, la sublevacion de todos los pueblos, y la reunion de las tropas á los

(1) Todas estas cifras están tomadas de los estados mas auténticos, y las he estampado despues de someterlas á una infinidad de confrontaciones. Es importantísimo el que consten de una manera precisa, puesto que el general Dupont se atribuyó en el consejo de guerra un número de tropas mucho mas corto, y el fiscal las hizo subir á un número mucho mas crecido. El número exacto de ellas es el que yo fijo, deduciéndolo de los estados del general Dupont, de los del ministerio de la Guerra, y de los particulares de Napoleon.

insurgentes. Dudábase, empero, aun de la conducta que observaria el general Castaños, comandante general del campo de San Roque, y abrigabase, en cierto modo, la esperanza de que se mostrase adicto á la causa de la nueva monarquía, porque en conversaciones recientes habidas entre el mencionado general y algunos de nuestros oficiales, habia manifestado bastante indecision, y una desaprobacion marcada hácia el pronunciamiento. Lo que se sabia de un modo positivo, era que los tres regimientos suizos de Tarragona, Cartagena y Malaga, á los cuales se les suponía en Granada dispuestos á ir á incorporarse con el ejército francés en el camino de Sevilla, acababan de ser envueltos por la insurreccion y precisados á tomar parte en ella; este incidente podia ser peligroso respecto á la fidelidad de los otros dos regimientos suizos que militaban en nuestras filas, mediante á que solo la victoria debia decidir el lado á que habian de inclinarse. El alzamiento de Badajoz y de toda la Estremadura no ofrecian tampoco grandes probabilidades de poder reunir á nuestro ejército la division Kellermann, enviada desde Lisboa á Elvas. Pero aunque todas estas consideraciones no eran ciertamente muy á propósito para infundir aliento al general Dupont, tampoco eran tan alarmantes que pudiesen decidir á retroceder á un general, que, acostumbrado como estaba á vencer tantas veces ejércitos austriacos, prusianos y rusos, á pesar de la desproporcion del número de sus tropas, debia dar naturalmente poca importancia al tropel de paisanos que tenia que combatir. Resolviendo, pues, á marchar animosamente en su busca, creyó, sin embargo, de su deber participar al estado mayor de Madrid la rapi-